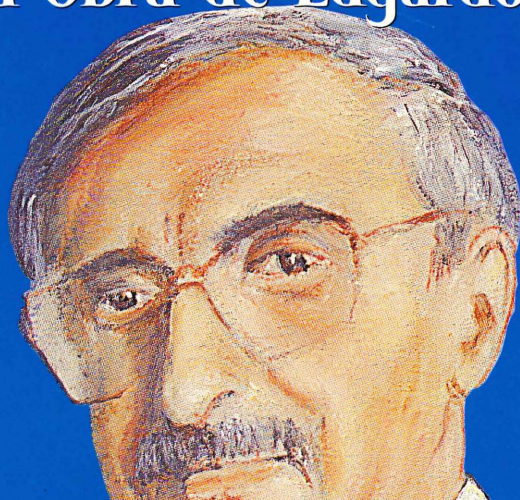


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 21

A textured oil painting of a person's torso and arms holding a book. The book cover is green and features the title 'Punto de Junza' in white cursive script at the top. Below the title is a red, stylized illustration of a bull or a similar animal. The person's skin is rendered in warm, golden-brown tones with visible brushstrokes.

Punto de Junza

César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EN BUSCA DEL PARAÍSO PERDIDO

Guillermo Niño de Guzmán

Es probable que el nombre de Edgardo Rivera Martínez no suene muy familiar al gran público, pero para la gente del oficio y aquellos lectores acuciosos no es un desconocido. Escritor que ha preferido mantener una existencia discreta, alejado de los vaivenes del movimiento literario local, Rivera Martínez ha ido edificando pacientemente su universo literario, casi con pudor, a contrapelo de modas y corrientes. Ahora finalmente, después de una veintena de años de ardua labor, nos entrega *País de Jauja* (La Voz Ediciones, Lima, 1993), una espléndida novela que es una suerte de coronación de una larga carrera dedicada al arte de narrar.

Si bien el autor viene escribiendo desde los años '60, su obra empezó a tener mayor circulación en las dos últimas décadas con títulos como *El visitante*, *Azurita*, *Enunciación* y *Angel de Ocongate*, libros de novelas cortas y relatos que descubrieron a un prosista de primera categoría (por cierto, fue el ganador en el primer certamen de "El cuento de las 1,000 palabras" que convoca anualmente *Caretas*). Sus temas se alternan entre aquéllos que podríamos delimitar como urbanos y otros rurales, en una vertiente que algunos críticos han denominado neoindigenista. Asimismo, el tratamiento de sus historias han oscilado desde un marcado realismo hasta incursiones en el ámbito de lo fantástico, con una tendencia a privilegiar una aproximación psicológica a sus personajes.

La prosa de Rivera Martínez es digna de un orfebre. Hay en su actitud una voluntad extrema por buscar la frase adecuada y hallar la palabra exacta. En ese sentido, se lo podría relacionar con narradores peruanos como Luis Loayza o José Durand, quienes siempre se esmeraron por cuidar el tramado verbal de sus ficciones. Sin embargo, creo que en el caso del autor de *País de Jauja*, su obra se encuentra más próxima a la de escritores como el argentino José Bianco, no sólo por la finura y elegancia de la prosa sino por la manera de abordar y transmitir la sensación de lo cotidiano. Al igual que Bianco, la aparente sencillez y pulcritud de la narrativa de Rivera Martínez disfraza la laboriosidad de su empeño y la agudeza de su mirada de escritor.

País de Jauja es una novela de corte intimista, evocativa, que muestra una profunda sensibilidad. La sutileza del narrador me recuerda en cierta forma al toque armonioso y delicado de algunos autores japoneses, que lo mantienen incluso cuando describen sucesos perturbadores y aun truculentos. A mi juicio Rivera Martínez ha logrado una novela lírica, con un aliento poético que, curiosamente, impregna una serie de situaciones de trámite muy realista. Lo que ocurre es que, más allá del registro de los actos cotidianos y banales que rigen la vida de los personajes, hay un énfasis para rastrear en el ser interior, un afán introspectivo que le imprime un aura proustiana, un deseo de recuperación de un período ideal.

De allí el título de la novela, que remite a esa concepción de Jauja como el territorio paradisíaco, el lugar secreto y casi sagrado en donde sólo caben la riqueza y la placidez. Y ello se conjuga admirablemente con esa prosa natural y fresca, como un arroyo que fluye entre las rocas, produciendo un agradable rumor. Rivera Martínez ha conseguido una textura musical, al igual que el protagonista cuyas aptitudes pianísticas lo llevan a un clímax en la interpretación de composiciones clásicas y de himnos andinos.

La trama da cuenta de una etapa de aprendizaje de un adolescente. Sin embargo, la opción del autor no es ahondar en el conflicto que supone el rito de pasaje como suele suceder en novelas con tema simi-

lar. No, su tentativa es la de una vuelta a un mundo en el que todavía el dolor y las desgracias no llegan a carcomer sus cimientos. El escritor prefiere mirar a través de un fino velo de niebla, sin perder por ello penetración y lucidez, con el fin de evitar contaminar ese lugar ideal y preservarlo en todo su esplendor en el ámbito de la memoria y de la ficción.

No está demás señalar también los méritos de la estrategia técnica. Rivera Martínez recurre constantemente a la narración en segunda persona, ese 'tú' que se dirige tanto al personaje como al lector, además de ser un espejo en el que el protagonista permite vislumbrar al autor. Igualmente las anotaciones del diario íntimo y las cartas que se insertan en el curso del relato van enriqueciéndolo, así como esos parlamentos incorporados al discurso principal que le dan un efecto peculiar al tono y al ritmo de la novela.

Con *País de Jauja*, Edgardo Rivera Martínez consigue labrar un admirable diseño en el tapiz, haciendo de un microcosmos familiar en una ciudad única enclavada entre las montañas un universo mayor, de sutiles y profundas resonancias. Imitación de la vida y exaltación de la misma, esta novela ha sido decantada a lo largo de mucho tiempo, con esa dedicación y pasión que animan la vocación de un auténtico escritor que no escatima esfuerzos por alcanzar la cima de la madurez.

[*Caretas*, 1o. de julio de 1993]